

dos libros maestros. Durante esos años, Juan Rulfo solía hablarle a sus amigos de "La cordillera", una novela que aseguraba estar escribiendo pero en que nadie creía. ¿Pero por qué no iba a existir? En todo caso, hacía años que corría el chisme de que Rulfo, antes de publicar nada, le leía a sus amigos trozos de una novela inédita, hasta que sus amigos una noche entraron a su casa porque este cuento se iba prolongando demasiado: encontraron originales fragmentarios y desordenados, que le robaron, ordenaron y publicaron, llevándole "Pedro Páramo" ya editado a su autor. Este cuento, aunque bonito, no tiene mucho aire de verosimilitud, pero

Rilke no es una figura de poeta "incompleto", aunque por eso mismo es una de las más interesantes, con tantas aristas y zonas oscuras y opacas e inaccesibles: el cliché insoportable del poeta latinoamericano báquico presidiendo la mesa desordenada de su banquete de comida y amor y política es el reverso de Rilke, envarado, tímido, aristocratizante. No se puede negar que su forma de sentir la primera guerra mundial como una agresión a su persona y una interrupción de su tranquilidad creativa que era todo su universo, tiene algo de inaceptablemente egoísta. Y, sin embargo, este vagabundo sin hogar, sin patria, sin familia y sin posesiones materiales, sufrió a su manera la destrucción de su mundo, y durante seis años, en que pareció

desesperarse, un amigo le cedió una torre en Muzot, en los faldeos de los Alpes que hacia el sur confluyen a Suiza con Italia, donde por fin se estableció.

Hacia seis años que estaba, le parecía, definitivamente sordo a las voces de la creación poética que sus antenas parecían haberse tornado incapaces de recoger. Sin embargo, durante el primer invierno de soledad absoluta que siguió a su toma de posesión de Muzot, las cosas se armaron de un modo misterioso y se equilibraron para el poeta, de modo que, a partir de los primeros días de 1922, sintió que había entrado de nuevo en lo que llamaba "un estado de gracia" poética. Se preparó para completar su ciclo de las "Ele-

y la muerte. Pero el corolario de ese prodigioso año 1922, Rilke sintió los primeros síntomas de la enfermedad que debía llevarlo a su muerte cuatro años más tarde. La muerte adecuada para él: enfermedad. Comenzó con una septicemia debido al pinchazo de una espina de rosa de su jardín. El mismo escribió su epitafio, que todavía se puede leer en una piedra musgosa del cementerio de Raron, cerca de Muzot:

Rosa, oh contradicción pura, voluptuosidad de no ser el sueño de nadie bajo tantos párpados.

Mercurio 18.V. 86

# Jacques Cazotte

Por Jorge Luis Borges

**D**IVIDIR en siglos la Historia no es menos arbitrario, tal vez, que dividir en puntos el espacio o en instantes el tiempo, pero esas unidades son arquetipos que nos ayudan a imaginar, y cada siglo nos propone una imagen coherente. El admirable siglo XVIII fue el siglo de Voltaire y de la Enciclopedia, pero fue también el siglo de Swedenborg y de su rebelde discípulo, William Blake. Quizá no huelgue recordar que fue el siglo de Osíán, del apócrifo Osíán y de la epopeya celta, que inauguró el vasto movimiento romántico. Ese ambiguo carácter se refleja en el *Diable amoureux*, de Jacques Cazotte.

Está redactado en razonable y clara prosa francesa, pero su fábula es fantástica. Ya Voltaire, en *Micromégas* y en *Le Blanc et le Noir*, había dado el ejemplo; ya Antoine Galland había revelado al Occidente el libro de las "Mil y Una Noches". Cazotte recordaría su título en *Mille et une fadaïses, Contes a dormir debout*; de igual modo, el *Diable amoureux* es una voluntaria antítesis de *Le Diable boiteux*, de Le Sage. El argumento de Cazotte no se reduce a un artificio del demonio que toma forma de mujer para apoderarse de Alvaro; el demonio, enredado en su propio juego, se enamora de Alvaro, como si la fugaz mascarada hubiera transformado su esencia, hasta convertirlo en la verdadera y apasionada heroína de la obra. Nada queda en Biondetta de la monstruosa aparición que responde al conjuro de Alvaro en las ruinas de Portici y que le dice en italiano: *Che vuoi?* La máscara es el rostro; la satánica seductora es la seducida y seguirá siéndolo, ansiosa y plañidera, en el decurso de la fábula, tan llena de episodios idílicos. Una y otra vez, Belcebú-Biondetta, agota las diversas artimañas que todas las mujeres inventan para atraer a un hombre. El estilo, deliberadamente frívolo, suele jugar con el terror, pero, a diferencia de *Vathek*, que es de fecha ulterior, no se propone nunca alarmarnos. Cazotte no

pudo prever que su fábula sería sometida a la mitología patológica del reciente Procusto, Sigmund Freud. Gabriel Saad, discípulo de Procusto, ha conseguido que el Belcebú-Biondetta sea una hipóstasis de la madre y del padre del escritor, lo cual es más quimérico y, sin duda, más terrorífico que el libro que se propuso explicar. Agreguemos que es menos encantador.

Cazotte nació en Dijon hacia 1720. Como Diderot y como Joyce, fue educado por los jesuitas y, a diferencia de ellos, no abjuró de la fe cristiana. Según Nodier, Cazotte, a los veinte años, ya instalado en París, escribe: "Yo era un enamorado de la soledad, del recogimiento, de las meditaciones vagas y fantasiosas... resolví aislarme totalmente y de casi todos, incluso en las formas más comunes de la vida exterior. Vestía, entonces, un largo traje cuidadosamente abotonado hasta el mentón, un sombrero redondo y chato, de anchas alas caídas, polainas de cuero crudo cerradas con broches de acero. A esto se agregaban cabellos sin empolver, cortados bastante cerca de la frente y caídos sobre el cuello y los hombros". En 1747 obtiene el grado de comisario en la Marina y es destinado a la Martinica. Se casa ahí con la hija del juez de la isla, Elizabeth Roignan. Dos años después rechaza una invasión de los ingleses. Ya anciano, invocaría en sus cartas la memoria de esta resistencia para que la Martinica se defendiera de un ataque de los soldados de la República. A la par de la rutina oficial, Cazotte dedica su tiempo a trabajar la finca que su mujer trajo en la dote. Hacia 1758 decide regresar a su patria. La Compañía de Jesús había organizado un vasto sistema bancario, que ahora lleva el nombre de *Traveller's checks*. Cazotte aprovecha el sistema y la estrecha amistad que lo une a la orden para confiar a su cuidado el monto de la venta total de sus bienes en la isla. En Francia intentaría, vanamente, recobrar un solo centavo. Al cabo de un epistolario, no menos pa-

ciente que inútil, al superior de la orden, publica una Memoria relatando la infeliz culminación de un vínculo que data de su infancia. Por fin, resignado, inicia un pleito. La ruptura coincide con su acercamiento al ocultismo y parece alentar su actividad creadora. En 1762 publica un poema en doce cantos, donde combina verso y prosa, titulado *Ollivier*. Lo sigue otro volumen, cuyo inesperado título es *Lord Impromptu*. En 1772 publica el *Diable amoureux*; el éxito es tan grande que se le acusa de haber revelado misterios que los iniciados deben guardar. Los críticos, razonablemente, atribuyen a la imaginación del autor el encuentro con el Demonio. Su fama de visionario permitió que le atribuyeran una profecía de su propia muerte y del terror. Por lo demás, el propio Cazotte declara: "Vivimos entre los espíritus de nuestros padres; el mundo invisible se cierne a nuestro alrededor... sin cesar, los amigos de nuestro pensamiento se nos acercan familiarmente... Veo el bien, el mal, a los buenos y a los malos; a veces la confusión de los seres es tal, cuando los miro, que no siempre sé distinguir, desde el primer momento, a los que viven en su carne de quienes han dejado las apariencias groseras...". Y agrega después: "Esta mañana, durante la oración que nos reunía bajo la mirada del Todopoderoso, el cuarto estaba tan lleno de vivos y de muertos de todos los tiempos y de todos los países, que no podía distinguir entre la vida y la muerte; era una extraña confusión, pero también un magnífico espectáculo".

Monárquico ferviente, no oculta nunca su adhesión a Luis XVI. En agosto de 1792, las autoridades secuestran unas cartas en las que se cree ver una conspiración. Cazotte es arrestado; su hija Elizabeth le acompaña voluntariamente a la cárcel. La suerte le depara un fin espléndido; al subir al patíbulo, bien cumplido los setenta años, podrá decir: "Muero como he vivido, fiel a Dios y a mi Rey".



Retrato de Jacques Cazotte, por Jean-Baptiste Perronneau, ca. 1760 (Colección National Gallery, Londres).